

confianza inicial al sistema presidencialista de gobierno, la opinión pública francesa es favorable a la elección popular del Jefe del Gobierno. Existe una necesidad imperiosa de democracia directa. Las dificultades más graves que pueda presentar el sistema son inferiores a las que se perfilan en otro tipo cualquiera de soluciones y no debe olvidarse que en el siglo XX las repúblicas mueren por debilidad.

MIGUEL CUADRADO

FERNANDO MORÁN: *El Profeta*.  
Ed. Seix Barral, Barcelona, 1961.  
167 págs.

"El profeta" es un libro fuerte y duro. Su autor, un joven diplomático español, nos ha colocado de golpe y porrazo ante una perspectiva inquietante y actual: la República de Sudáfrica, sus problemas y sus gentes. La llegada de un santón—Isaiah Malabittsa—a una *location* indígena provoca una serie de incidentes que son pronta y violentamente acallados por la policía blanca. A través de esta trama desfilan ante el lector un buen número de personajes cuya importancia y trascendencia no se nos oculta: el hacendado que ve con inquietud tambalearse los "viejos tiempos", el intelectual indeciso, la periodista "emancipadora". Y sobre todo el santón, el profeta o como quiera que se llame. Como trasfondo, de todo ello, el calor, el bosque, la tormenta. Un ambiente denso y complicado del que difícilmente puede uno desprenderse una vez inmerso en él. Sobre todo y ante todo: África misma pesando, aplastando e impregnando con su violencia vieja y nueva. La validez de los personajes de este libro es universal. Su proyección enfrenta obligatoriamente a dos mundos y a dos concepciones contrapuestas cuya vigencia está aun por decidir: por un

lado las costumbres "históricas" del rico hacendado que todo lo ve desde lejos, desde su silla de inválido. Junto a él la población blanca de toda la ciudad. En la otra orilla se encuentra el periodista, John el rico intelectual, y sobre todo "el profeta". El profeta es "el que ha de venir". Los negros esperan en él como una nueva resurrección. E Isaiah trae consigo la retórica de una religión híbrida, un cristianismo africanizado, cuya ingenuidad salta a la vista. Los indígenas permanecen en su "location". Si acaso organizan tumultos, bailan y se emborrachan. Pero sobre todo esperan. Esperan en las cosas más nimias y más extravagantes... Creen que el hombre que ha llegado les librará de todo, los libertará en fin de todas las vejaciones injustas y continuas. Al final la "ley" actuará. Morirá irracionalmente una periodista que pensaba y escribía cosas justas y buenas. Nada más. La vida continúa en la location. Volverán las lluvias, los fines de semana. Pero los negros del poblado alto, cuidadosamente separados de la población, seguirán esperando. Esperando siempre. Con la esperanza enfermiza de los que nada tienen.

El gran problema que Fernando Morán ha querido mostrarnos no es tanto la injusta segregación racial existente cuanto la imposibilidad de comunicarse, de relacionarse aquellos hombres de distintos colores, hombres que hablan otros idiomas, creen en otras cosas y esperan en diferentes esperanzas. ¿No habrá posibilidad de dar al traste con estas diferencias?, se pregunta uno al terminar la novela. Incluso la contestación está implícita. Al final hay una joven universitaria llegada horas antes de la capital, que muere, simplemente "porque sí". Serán necesarias muchas muertes, no tanto físicas, cuanto ideológicas, para que todos puedan mi-

rarse de frente, y los profetas desaparezan de la tierra, parece decirnos Morán tras la palabra fin. Mientras tanto siempre habrá jóvenes que mueran porque sí, mientras tanto será necesario que existan profetas que den esperanza a los que sufren. Donde hay hombres que sufren es necesario que existan profetas que den razón y sentido al sufrimiento.

Esto es libro de denuncia. De continuo la literatura de nuestro tiempo nos tiene acostumbrados a testimonios de este estilo. Ya Sartre decía que el escritor debe dar razón de sí mismo, de su situación y de su tiempo. Dar razón es enseñar las cosas tal como son, y mostrar por qué son así. Ante la realidad y ante el mundo el escritor puede adoptar tres posiciones: aceptación, negación o "musarañismo". De ellas la segunda es, si no la más válida, por lo menos la más valiente. Cuando se acepta un orden de cosas establecido, estático e inamovible, se niega el dinamismo que la historia comporta. El escritor se niega a sí mismo en cuanto deja de estar engarzado a la unidad espacio-tiempo en que se incardina la literatura y el arte en general. Sin embargo las aceptaciones tácitas son las más corrientes en estos casos. El "musarañismo", es decir la apología de la vaciedad, sustituye en la mayoría de los casos a la posición afirmatoria con respecto a regímenes institucionalizados, puesto que en muchísimos—demasiados—casos no decir nada es hablar elocuentemente, dejar que hablen o digan algo los demás, olvidar nuestra situación y nuestro deber como intelectuales y como hombres. En ciertos momentos de la historia político-social de los países el papel de la literatura y del escritor es impuesto o negado. Esta es la posición inicial. Pero más tarde el ambiente cultural del país se anega de retórica, se infecta poco a poco de

mediocridad y de palabras vanas. Entonces se crean escritores "oficiales", hombres que sepan alternar la apología del presente con el "musarañismo" o "nadismo" más inocuo. Las cosas comienzan a perder su vigencia, las relaciones humanas se diluyen. La crítica se ejerce siempre en nombre de una tercera persona, se glosa más que señala. En contraposición con estas posiciones conformistas, la segunda—crítica, negación, denuncia—ofrece, por lo menos, un ejemplo de honestidad. El escritor no se vale de la retórica, de los principios de contradicción o de algo por el estilo. Dice: A es A. Juega limpio. Jugar limpio es lo mínimo que podemos exigirle al escritor, que debe narrar desde su perspectiva la peripecia del hombre en este mundo de hombres. Y debe narrar esta crónica con verdad, apasionadamente, no como algo lejano cuyas consecuencias nada le interesen. Al contrario, sintiendo la aventura como algo suyo muy querido, muy doloroso y muy necesario. Este amor y esta esperanza nos los ha dado en buena dosis Fernando Morán. Es algo que hay que agradecerle.

ALBERTO MÍGUEZ